

ARCA


colección andanzas

MARÍA PAZ RODRÍGUEZ
ARCA

TUSQUETS
EDITORES

1ª edición: agosto de 2024

© María Paz Rodríguez, 2024, en colaboración con
Agencia Literaria Antonia Kerrigan

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Imagen de portada: © Serifa
Reservados todos los derechos de esta edición para
© 2024, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso,
Providencia, Santiago de Chile

ISBN: 978-956-6368-08-3
RPI: 2024-A-5982
Impresión y encuadernación: CyC Impresores Ltda.
Impreso en Chile

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de
reproducción, distribución, comunicación pública o
transformación total o parcial de esta obra sin el permiso
escrito de los titulares de los derechos de explotación.

A mi Maya, por llegar;
y por ayudarme a entrar en esta ballena.

*La ballena vive entre dos mundos y mil
aguas; ese es su milagro, y su locura. ¿Qué hizo
para merecer esa suerte? Despreciada por Noé,
porque no cabía en el arca, paga el precio de su
autoexilio, después de abandonar la tierra y
abrazar el mar para siempre.*

PHILIP HOARE

I

Su padre le enseña las canciones. Ella no recuerda exactamente cuántas fueron, pero sí ese momento en el que él le explica que la música será su idioma. Ya en esa infancia su padre aparece pocas veces. Su juventud, el fuego apagándose con los años, un refugio, las fiestas, los vasos llenos, los vasos vacíos, el entusiasmo y un portazo final se desvanecen en su mente. Laura es una niña, pero ya a sus cinco años sabe que esos momentos serán los más felices: «Yo —le dice su padre— te voy a mostrar la música, Laura».

Y lo hace, pone «Octopus's Garden» con el volumen bien alto y luego la toma en brazos para bailar con ella alzada, los pies colgando: *I'd like to be under the sea in an octopus's garden in the shade*. En su euforia, él canta en un inglés mal pronunciado a la vez que mueve a su hija de un lado al otro. Mientras, Laura, en otra euforia, se aferra a sus hombros para no caerse. Se ríe y patatea llena de esos nudos que hasta el día de hoy siente cuando se pone muy nerviosa. O muy feliz. Ahí, esa niña mira hacia arriba con un corazón leve que se expande por sobre el universo de esa habitación, del techo y de sus pequeñas vidas; un cortocircuito verbal expresado en un grito ascendente que es el único ruido posible en ella. Y en él. Su tribu celebra un ritual

importante; él la guía con su voz tosca: «La música será mi herencia, Laura»; luego se lo repite a sí mismo como si estuviera solo. De pronto, algo se suelta y él vuelve a la sala, al gesto ido, la curvatura de su espalda y el vaso de whisky.

Es su herencia. Esas canciones que ahora Laura escucha mientras observa el horizonte helado de isla Ascensión son los mensajes dentro de botellas que, tarde a tarde, llegan a su playa mental. La música es un camino, una carretera llena de baches, de luces artificiales y metrónomos. La música, el ritmo y un archipiélago; la maleta es liviana después de él; después de los conciertos y las ballenas. Después de que él se convierta en el Hombre Bolsa y ella en la Sombra.

Al final se queda a vivir en una isla y tiene la música, no necesita más. Y, bueno, está Alia; siempre va a estar Alia.

*

Los voluntarios que suelen trabajar en ARCA acostumbran a oler a incienso y respirar con ambas manos en el corazón, a la vez que pronuncian frases como: «Venimos de las ballenas, ellas son nuestras hermanas mayores». No Alia. De hecho, para Susie y el resto del equipo de ARCA, la llegada de Alia es algo así como un regalo de los dioses oceánicos. Cuando se presenta, le proponen que investigue sobre la muerte de las ballenas sei; ella sugiere llevarlo a un guion, un gran guion, les dice. Y aunque es periodista y hasta ahora solo ha escrito cortometrajes, quiere aventurarse: será el primer largometraje de ARCA, les explica ella.

Con Lucas, su hermano, deciden financiarlo con un festival de música en la zona de Puerto Oscuro. La municipalidad —muy comprometida con la promoción de sus playas y una suerte de

«conciencia verde»— les presta un terreno habilitado para camping. Entonces montan un escenario sencillo, bares y carritos de comida. Llenan de fardos y sillas plegables; lucecitas y banderines de colores cuelgan de las vigas de un techo improvisado; un montón de parafernalia retro que pretende darle onda al evento, todo muy ecoamigable. Mucho yogui con collarcito om. Mucho electrónico que habla de *beats* y *loops*. Mucho artista *under*: bototos, cortaviento ochentero, corte de pelo asimétrico. Y, bueno, también ese porcentaje infaltable de jóvenes que poco entiende del sentido del festival, pero que subirá sus selfies con el hashtag #ARCA.

Laura es el rostro más famoso de la ONG. Hace de conductora de los documentales y, además de musicalizarlos, frente a la cámara explica los distintos hitos que descubren en las salidas a terreno. Con Lucas ya han organizado un par de expediciones en las zonas de sacrificio para filmar lo que no aparece en las noticias: santuarios de la naturaleza invadidos por pesqueras, dunas compradas por inmobiliarias para construir condominios, y así. Luego, con el equipo audiovisual suben las cápsulas al canal de YouTube de ARCA y ya han vendido algunos programas a un canal alemán y otro español. Y junto a su banda, esa noche, Laura participa en el festival.

Mientras Alia se pasea entre el público, oye cómo un tipo con acento francés agarra el micrófono sobre el escenario, como quien sin pedir disculpas ni dar explicaciones se estaciona en el espacio que otro auto espera. Explica ahí que hace unos días un grupo de astrofísicos descubrió un objeto extraño en la Vía Láctea que cada dieciocho minutos emite enormes ráfagas de energía intermitentes.

—El fenómeno no se parece a nada que hayamos visto antes—les explica—. Es un cuerpo giratorio, a unos cuatro mil años

luz de la Tierra, y despiden un haz de radiación de alrededor de un minuto de duración; una de las fuentes de radio más brillantes del firmamento, además de tener un poderoso campo magnético. Lo que descubrieron es inesperado, espeluznante, no se conoce nada en el cielo que haga eso. El objeto es más pequeño que el sol, pero más brillante —termina el francés.

Uno de los encargados se le acerca para decirle al oído que va a empezar el concierto, entonces deja el micrófono y en la mesa de sonido suben el volumen de la música ambiental. Alia, que ha seguido la explicación cerca del escenario, le pide a Lucas que ponga más guardias en la entrada y tras bambalinas. Al poco rato se le acercan dos chicas con turbantes y pantalones bombacha para darle las gracias por esta fiesta espiritual. Así la llaman: «Fiesta espiritual». Han distinguido a Alia como organizadora por la credencial que le cuelga donde dice *staff*. Le cuentan que son *sanniasins*:

—¿Sabes quién es Osho?

—Sí, lo conozco —responde (en los noventa ha oído hablar de él, no cosas muy buenas, en fin, Osho).

—Somos bailarinas y vamos a Tongoy, pero hicimos una parada aquí porque nos fascina la música de Laura. Queremos hacer un taller bien bonito para desbloquear los chakras y despertar la Kundalini. ¿Tú crees que podrían anunciar lo del taller en el escenario? ¿Antes de que empiece el concierto? Qué bien lo que hacen con ARCA; estas fiestas por los animales.

—Estamos investigando la muerte de las ballenas sei en el sur, no sé si vieron lo de los varamientos, salió en todos los diarios. Yo llevo la parte escrita, soy periodista —les responde Alia con algo de malestar y vergüenza ajena. Hay un aire. Las niñas de turbantes parecen interesarse y por fin dejan de hablar sobre ellas. Pero dura poco.

—Yo una vez hice una terapia con cantos de ballenas, muy sanador —comenta la que tiene un punto rojo en medio de la frente—. La naturaleza nos da todo; hay que cuidar nuestra tierrita, hermana.

Luego ambas tararean una estrofa en sánscrito con los ojos perdidos en quién sabe qué luz violeta. O qué droga. Alia las escucha tratando de no reírse hasta que, gracias a Shiva, se ponen a bailar una especie de afro improvisado con la música electrónica que suena y se alejan.

Aún están probando sonido en un escenario lleno de cables. Los sonidistas concentrados, el pelo largo y tomado en un moño, la polera negra de alguna banda metalera; los *roadies*, como se dicen entre ellos, chequean los distintos efectos del micrófono: «Súbeme los retornos, ah, ah, sí, sí, sí», hasta llegar al tono exacto, en la espera de la siguiente presentación; las mesas de sonido marcadas con cinta adhesiva para ver cuándo y hasta dónde regular los bajos y los agudos.

Se apagan las luces, se prenden los focos que dan al escenario y Laura aparece junto a sus músicos, todos vestidos de negro con camisas estilo Mao, pantalones anchos y zapatillas blancas. Las bases electrónicas le parecen oscuras a Alia; cada canción se compone sobre una atmósfera melancólica, a la vez que el ritmo que Laura marca con una batería genera euforia en la gente, que baila coreando sus letras. Su voz cambia del susurro a un timbre muy alto en falsetes raros y perfectos. Entre lo triste y una fuerza en sus melodías, su música explora sonidos que Alia conecta con los pocos referentes que conoce: una mezcla entre The Knife y Dead Can Dance; Mount Kimbie y Björk.

El mundo completo de ese festival está mirando a Laura, y con una luz azulada empieza un canto frágil, tímido, que va agarrando fuerza y hace que se recoja una ola por dentro. Su

voz proyecta en el oído un sonido que importa. «Gracias», le dice el público en secreto. «Gracias por darnos esto». Y se acaba. Se apagan los focos, el público grita, los músicos bajan del escenario, empiezan los saludos y las felicitaciones, las fotos de rigor, los tragos de después y, bueno, volver. No es fácil. Nunca se vuelve del todo a lo cotidiano después de la gloria.

Pasadas unas horas, Laura se integra junto a su banda en una fogata dentro del camping. Aún con los instrumentos en la mano, improvisan ritmos con un tambor y un violín que ella sigue con un ukelele. Con la cara llena de chispa y una botella de cerveza en la mano, esa noche la muchacha le canta al fuego y a la tierra; le canta al regalo de ser joven y de sentirse tan viva. Se ha cambiado la ropa del show y con un suéter grueso que le queda especialmente grande, jeans sueltos, pelo café y muy corto, entona la primera estrofa. A Alia la embarga el silencio; un viento en la cara. Recuerda cuando en la universidad uno de sus profesores les explicó que la poesía había nacido de un tambor: Tam, tam, tam. Es un bosque y un grupo de primitivos que rodea un fuego aterrorizado por los rayos y truenos de una tormenta. Bárbaros que, más que hablar, balbuceaban un «baaar, baaar» hosco, hasta que, de pronto, uno de ellos toca un tambor. «Con el sonido nace la repetición; nace el verso, la estrofa, y así, nacen también los mitos y los dioses de la guerra, de la fiesta y de la muerte», agregó él con entusiasmo cuando por fin había logrado la concentración de sus alumnos.

Qué grandiosa le parece Laura sin otro instrumento que su voz. Como una sirena hippie sentada sobre una silla de playa, Laura juega a ser una especie de maga que oficia el bautizo de toda esa gente cubierta con ponchos y gamulanes. Y es probable que, si Alia hubiera estado sola, hubiera llorado por lo sobrecogedor del paisaje, por la candidez de ese momento y por todas

las cosas bellas de este mundo. Pero así, rodeada de gente, prefiere permanecer con las manos apretadas como asistiendo a un rito que no le pertenece.

Laura termina y el resto aplaude tan fuerte que los que tocan los tambores marcan un ritmo como animándolos a seguir: «Tam, tam, tam», y todos los imitan con las palmas. El compás deriva en que esas mismas dos mujeres con turbantes y pantalones hindúes se paren a bailar. Se corta la magia. Laura da un último sorbo y se limpia la boca con la manga del chaleco. Abre otra botella con su cortaplumas y se abraza las rodillas con los pies sobre su silla de playa. Para Alia, su presencia causa una especie de zumbido y nota algo rudo en sus movimientos que contrasta con su impronta de hada. Laura parece estar fuera del círculo, fuera de la conversación, fuera del entorno, como pensando en qué cantar ahora. Un pie que se mueve sin control, una mano que se rasca la cabeza cada cierto tiempo, una mirada que está buscando otra cosa. Su presencia llena lo agreste con un halo fluorescente; un sonido que no se ha oído antes y que queda vibrando sin saber exactamente por qué. Laura es una reina mendiga, y a pesar de lo animados que se ven sus súbditos, parece no estar en ninguna parte, y, sin embargo, ser el centro de todo. Pero su celular la saca del momento y, aunque parece reticente, de todos modos le contesta a Roberto, su padre:

—La Cami me contó lo que pasó el domingo, no podís dejar que las niñas te vean así. Pero ¡cómo le dices eso a la Luciana!, obvio que se enojaron. ¿Y después? Ay, viejo, las niñas te tienen miedo, entonces. ¿Ah? Pero no te enojés conmigo, si yo no tengo la culpa. No, no estoy en Santiago... en el norte, en un festival, no sé cuándo vuelva... ya... te dejo... me tengo que ir. A la vuelta nos vemos. Pero no te pongas así. Sí, si yo también. Ya, te dejo —y cuelga.

Alia la oye. Está sentada en un fardo justo atrás.

—Gracias por participar en este festival —le dice apenas Laura guarda el teléfono—. Hablamos por mail el otro día, ¿te acuerdas? Yo escribo los guiones de los documentales de ARCA —se presenta—. Esas cápsulas que te manda Lucas, yo las escribo; de hecho, ahora estoy armando el largometraje de las ballenas sei.

—Sí, sí, si yo viajo con ustedes a Aysén. Lucas me explicó un poco, mándamelo cuando lo tengái más avanzado para empezar a estudiarlo —le responde Laura y, de pasada, le ofrece una cerveza. Se sientan en un mismo fardo y Laura ayuda a Alia a prender un cigarro haciendo una casita con las manos para que no se le apaguen más fósforos con el viento.

Alia percibe que la conversación de la muchacha, a ratos cortante, a ratos experta en detalles como los distintos efectos de los San Pedro en la mente, los acantilados que hay cerca y las energías de algunas piedras del desierto, tiene algo de rudimentaria. Como si ese halo de rockstar se hubiera difuminado y, en cambio, hubiera aparecido una suerte de campesina que, con pesadez y una gota de sabiduría, le explica a alguien las temporadas de siembra y de cosecha mirando con orgullo su tierra. Es su simplicidad, tal vez, lo que le hace olvidar a Alia que Laura es la estrella del festival y que ya se han acercado un par de personas a sacarse fotos con ella. Pero en ese fardo ridículo, Laura no es más que una chica con un corte de pelo genial.

—Hace poquito empecé a escribir una novela, es como una distopía o algo así —le comenta Alia—; vamos a ver qué sale. Quizás tiene algo que ver con esto de las ballenas que estamos investigando.

No sabe por qué le está contando esto. ¿Está escribiendo una novela? ¿Desde cuándo? ¿Desde qué? No tiene más que apun-

tes sueltos para el guion de la expedición al sur. Apuntes que anota con un poco de gracia; de rima, incluso. Pero no son más que apuntes.

Laura le levanta una ceja y le sonrío. Y un algo amable y un algo tenso se activa entre ellas. Frente a la fogata, Laura y Alia parecen en una suerte de exilio, como si con el fuego se hubiesen transformado en una mejor versión de sí mismas. La cantante abre otra cerveza y de nuevo comienza a vibrar su celular. «Papá llamando»; no contesta.

Alia se endereza tratando de verse más alta. Quiere soltarse el pelo, pero de un minuto a otro cualquier gesto suyo le parece evidente. Laura no se ve incómoda en el silencio; no hace más que balancearse con las rodillas tomadas y, cada cierto tiempo, desordenar la parte de arriba de su pelo, un poco más largo que en las orejas, donde lo lleva al rape.

Son de las pocas personas que aún quedan en la fogata, y a ratos escuchan las voces de los últimos despiertos del camping, como luciérnagas en un lugar agotado de la fiesta. «Aún es temprano», le dice Laura, y caminan hacia la playa. Alia se encarga de impedir que la otra se caiga con el borde rocoso lleno de güiros. Laura se saca las zapatillas y, a pesar de que está helado, se moja los pies hasta los tobillos. Entonces Alia le cuenta una historia. Es su gancho, a Laura le gustan:

—Cuando me la contaron me terminé de encantar con estos animales. Es sobre una ballena azul que descubrieron en la costa de Alaska. Después de un seguimiento de doce años supieron que vivía aislada porque su canto era en una frecuencia distinta. La ballena podía escuchar a las otras, pero cantaba en un tono mucho más bajo de lo habitual y sus pares no eran capaces de oírla —recoge una estrella de mar que hospeda tres cangrejos pequeños en sus hendiduras. La arroja con fuerza al

agua y sigue—. El canto de las ballenas azules es para atraer a sus parejas, pero esta nadó y nadó sola, y en todo ese tiempo ninguna la pudo oír.

—Qué lindo. Yo las he imitado en algunas de mis canciones: uhhhhhh uhhh uhhhhhh —acota Laura, imaginando al animal que Alia le está describiendo. También, esas islas con los cadáveres de esos leviatanes abandonados que tendrán que estudiar.

Y vuelven. Es el frío, se tiene que cambiar los pantalones mojados. Alia sigue a Laura hasta su carpa. Acompañadas por unas velas de sobrevivencia que Laura prende para que no decline el efecto hipnotizante de su alegría, Alia observa a contraluz cómo la otra chica se desviste dentro de su carpa. Su sombra es menuda; un cuerpo de niña que se cubre con capas y capas de ropa. Se acerca con las manos en los bolsillos. La cara pecosa, la boca ancha de donde se asoman dos paletas ligeramente separadas, un aro de argolla en su nariz que parece un botón entremedio de la angulosidad de sus pómulos. Alia se fija en la delicadeza de sus rasgos, que transparentan un semblante inacabado, infantil y feroz. Y a pesar de no ser alta, sus formas de antílope con extremidades espigadas la hacen ver larga.

Laura acerca dos sillas de plástico verde y le ofrece a Alia una taza con vino tinto. Con la mirada risueña, los dedos llenos de tatuajes y una especie de aura, efecto de la luz de las velas, Laura apoya su rodilla en el brazo del asiento de Alia, pero el peso a un costado las hace tambalear, entonces, rápido, se hinca y acomoda una piedra para que la silla no quede coja. Laura se lleva los nudillos a la boca y medita unos segundos en cuclillas. A Alia le arde la parte interna de las orejas, como si por detrás de su cuello se le despegaran unas escamas grandes y blancas que, como branquias, le permiten respirar.

Y hay algo de esas velas de camping. Y del frío. Y de tomar vino en taza que hace que Laura la bese. La otra chica se lo está rogando, lo sabe. Alia le corresponde. No hay placer todavía, pero sí descubrimiento, como si ambas fueran pura delicadeza y tocarse, una especie de milagro. Es la primera vez con una mujer para Alia; para Laura no, pero ese beso que ella misma ha dado la llena de una extrañeza azul y se asusta. Alia la atrae hacia sí desde las caderas y, en un impulso de ser la que guía, la acomoda sobre sus piernas mientras le toca la hendidura de los ojos, las orejas, su cuello coronado por esa nuca frágil que se enraíza en la curvatura de sus hombros. Esa noche, Alia toca cada facción de su cara, de sus clavículas y de su espalda como si estuviera leyéndola. Laura se deja, respira agitada y de la mano la guía hasta su carpa.

El cuerpo de Laura se siente más fuerte ahora, como si toda esa fragilidad de antes se hubiera transformado en pura potencia que investiga el cuerpo de Alia. Laura baja y aunque Alia está nerviosa, también el vino ha hecho lo suyo. Entonces abre las piernas y se deja. Dedos, boca, lengua; Laura levanta la vista y se observan. Así funciona, se da cuenta Alia. Sin dejar de besarla, Laura va subiendo de a poco y Alia entiende rápido lo que tiene que hacer. Las piernas de ambas hacen calzar un centro; una hendidura húmeda y tibia que pareciera abrirse más y más cada vez que se frota. Mientras Laura le muerde el cuello, Alia le susurra: «Siento que cuando te toco, me estoy tocando a mí», y termina en un soplo. Es un sexo sin amenaza; un sexo horizontal; un sexo que continúa durante horas como un solo movimiento extendido. Alia observa un punto que une las tres varillas de la carpa de Laura. Un triángulo profundo, invertido y premonitorio.

Laura se detiene: el pensamiento cruza un acto y un instante es traspasado por una flecha. Se lava las manos afuera de la carpa con el chaleco puesto y en calzones, y le ofrece del bidón a Alia, fingiendo estar más ebria de lo que está, y lo dice: «Me siento mal, tengo sueño». Alia no contesta, sabe que quiere que se vaya. Parte a su carpa no sin antes darle las buenas noches con esa voz que solo le sale cuando está con ella. Se va estoica, como si hubiera despertado de otro cuerpo, y Laura la ve alejarse entre los eucaliptos, que a esa hora alojan otro tipo de sombras.

Cuando Alia la divisa al día siguiente presiente que es una despedida. Laura viene hablando por celular y va sorteando las raíces asomadas de los árboles para no tropezarse. Alia le pide a su hermano si le puede calentar agua y se levanta a buscar dos bolsas de té. Con su poncho café, la barba y el pelo crecidos, y las chanclas viejas, Lucas parece una especie de profeta que, en un gesto de contemplación, está atento a que hierva la tetera sobre la cocinilla eléctrica.

Alia se levanta a recibirla. Se ha lavado el pelo por secciones, enjuagándolo con el hilo de agua fría que sale de las duchas del camping. Todavía húmedo, le cuelga suelto hasta la cintura en pleno secado al sol. Llena de cadenitas finas y collares; sin nada más que una polera negra, grande y ya transparente de tanto uso, su cuerpo se trasluce detrás de la tela, que le cubre hasta un poco más abajo de las caderas, Alia se comporta con la sensualidad de una ofrenda en medio de los árboles. Laura repara en ella, sus lunares, la transparencia de su polera, las piernas y el pelo largo, las pantuflas de lana en cada pie.

—¿Te vas? —le pregunta Alia; un dejo de frialdad entre ambas. Otra pregunta que no se hace y que queda suspendida; un río dentro de Alia que parece inundar la mañana.

Roberto era quien se hacía cargo de casi todas las cuentas de la agencia. Fue ahí donde conoció a esos exsiloístas que lo invitaron al Refugio. Fue uno de ellos quien lo contrató; Roberto tenía un punto de vista, les explicaban siempre a sus clientes. Aunque hubiera preferido dedicarse al arte, su cabeza entendía cómo hacer que los otros desearan. Leía a sus marcas, y les respondía como si sus ideas fueran las únicas posibles. La publicidad está hecha para montar una ilusión que mantiene prendido el motor y las compras, les decía. Y fueron comerciales de jugo en polvo, un afiche de una nueva crema de cuerpo para mujeres o la campaña de una prestobarba de tres hojas; Roberto se encerraba en su oficina, la música fuerte y, bocetos más, bocetos menos, el concepto salía. Lo felicitaban, lo aplaudían, comisión. El tiempo se sentía plano hasta que una nueva cuenta lo salvaba de no tener nada en mente. Se sentaba a dibujar de todos modos, sin embargo, no era lo mismo ser creativo para otros que para él. ¿Tenía algo que decir? ¿Y esto era?

En esa época no bebía, no salía mucho, acostumbraba a comer sano, estar con sus hijas y apagar la luz a las nueve. De madrugada, después de meditar, trotaba tres vueltas completas alrededor de la manzana. Lo oían llegar por los ladridos de los perros; patio a patio, iban anunciando que su padre se acercaba justo antes de que sus hijas partieran al colegio.

Pero cada tarde, cuando manejaba de vuelta a su casa, aparecía el zumbido. Una sensación en el pecho; una especie de palpitación que, creía, no era más que la hipertensión que tenía que estarse controlando. ¿Y esto era? Equilibrar la balanza de lo cotidiano con la música ayudaba. «Hey you»; «São demais os perigos desta vida»; «Ayer mataron a mi hermano» evocaban